

por el estado actual del continente americano.

C. Izquierdo

**Max THURKAUF**, *Cosmos et Création. La Mante religieuse: Deux savants à la recherche de Dieu*, Téqui, París 1989, 159 pp. 13,5 x 21.

El autor de este libro es profesor de Química física en la Universidad de Basilea (Suiza) y recoge en sus páginas la sustancia de numerosas conversaciones mantenidas con Adolf Portmann, que fue primero su maestro y más tarde su colega en la vida académica y de investigación.

Los siete capítulos en que se divide la obra testimonian la condición creyente de ambos universitarios y, sobre todo en el caso de Portmann, una trayectoria de conversión y acercamiento progresivo a Dios desde períodos de dificultades espirituales y de crisis interior.

El autor desea presentar un alegato —más expresionista que intelectualmente razonado— en favor de la armonía entre la ciencia y la fe, pero piensa a la vez que para descubrir a Dios en la naturaleza con la ayuda de telescopios y microscopios, hay que saber verle con los ojos sencillos de un hombre de buena voluntad.

A pesar de que el título hace directa referencia al cosmos y a la creación, la incidencia de ambas realidades en la temática de los capítulos es más bien oblicua, y de hecho apenas determinan el contenido.

J. Morales

## TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

**Arturo BLANCO**, *¿Que es la Teología?*,

Ed. Palabra S.A. («libros MC»), Madrid 1990, 212 pp., 13 x 20.

En los últimos años han vuelto a ver la luz introducciones a la teología que con uno u otro título pretenden ofrecer un primer acercamiento a la ciencia de la fe. Piénsese, por ejemplo, en la obra de Rochetta-Fisichella-Pozzo, en la de Kern-Niemann, en la de Mondin, por no citar más que algunas más recientes. De este renacido interés por la introducción a la teología es una nueva muestra de la obra breve pero enjundiosa del Profesor Arturo Blanco, docente en el Ateneo Romano de la Santa Cruz, de Roma.

El autor toma deliberadamente el punto de partida genético, es decir la situación del que tiene un conocimiento de fe pero carece todavía del hábito de la reflexión teológica. Así, el primer capítulo («Pensar en Dios para conocerle mejor») parte del hecho germinal de que algo se sabe ya sobre Dios para, sobre esa primera noticia, apoyar el dinamismo del esfuerzo intelectual que conduce a la teología. Este modo de proceder permite —y en cierto modo exige— referirse a la misma existencia de Dios y a su naturaleza conocidas racionalmente, para pasar a continuación al conocimiento revelado. A partir de la fe, la teología es no sólo posible sino incluso inevitable, de una u otra forma. Queda entonces la necesidad de definir su objeto. En este punto, Blanco desentraña la explicación clásica en dos puntos fundamentales. El considerar a Dios como objeto de la teología cristiana exige, por un lado, la concentración en el misterio de Dios Uno y Trino y, por otro, en el desarrollo de las relaciones del hombre con Dios, lo cual exige también un estudio teológico del mismo hombre.

En el segundo capítulo («Dimensiones definitorias del estudio teológico